

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela: 1917-2017

Marcela Jorrat *

Reseñas n° 15:

[pág. 165 –183]

Recibido: 14/04/17

Aceptado: 14/05/17

ISSN-L N° 1668-8864

Resumen

El presente artículo propone reflexionar en el Centenario de la Revolución Rusa, sobre la originalidad de este acontecimiento y su carácter de ruptura en el mundo contemporáneo. Situada en el contexto político-ideológico de la Europa de entreguerras la Revolución se manifestó como portadora de esperanzas y utopías: la liberación e igualdad del hombre a fin de llevar a cabo la autogestión de la nueva sociedad socialista. El análisis del proceso histórico nos permite comprender y repensar el dinamismo y límites de estas ideas primigenias y las razones que influyeron en el desvío del proyecto original. De este modo, el problema medular que implicaba dicha utopía: el equilibrio entre la libertad e igualdad continúa aún sin respuestas en nuestra sociedad actual.

Palabras clave:

* Mg. en Relaciones Internacionales. Prof. Asociada Cátedra de Historia Contemporánea. Facultad de Filosofía y Letras. UNT. mjorrat@yahoo.com.ar

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

Revolución Rusa, igualdad, libertad, utopía, Partido-Estado, pragmatismo.

Summary

This article aims at reflecting about the Centenary of the Russian Revolution, on the originality of this event and its ruptured character in the contemporary world. Located in the political and ideological context of Europe in between world wars, the Revolution manifested itself as a carrier of hopes and utopias: liberation and equality of man in order to carry out the self-management of the new socialist society. The analysis of the historical process allows us to understand and rethink the dynamism and limits of these original ideas and the reasons that influenced the diversion from the original project. The core problem implied by this utopia: the balance between freedom and equality still remains unanswered in our current society.

Keywords:

Russian Revolution, equality, freedom, utopia, Party-State, pragmatism.

Es indudable que la comprensión de los derroteros políticos del siglo XX nos remite al comunismo de manera insoslayable y por ende a la Revolución Rusa de 1917. Desde una posición histórica *privilegiada*, en el sentido de que conocemos el origen, desarrollo y desenlace de dicha experiencia comunista o del llamado socialismo real, estimamos que, las esperanzas renovadas, los temores reales o imaginarios, las promesas incumplidas y las utopías frustradas se imbricaron de manera

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

particular para signar el devenir histórico de dicha experiencia. Es que, más allá de la intencionalidad originaria de los dirigentes bolcheviques y de cómo terminaron desarrollándose los acontecimientos es indudable que la Revolución de Octubre implicó para muchos un amanecer de libertad y de justicia (Taibo, 1993, p.51).

Recordemos que la ruptura producida por la Revolución Bolchevique de 1917 carecía de precedentes históricos. Por primera vez una ideología de tipo materialista que aspiraba a la universalidad, impulsada por una fe igualitaria, se enfrentaba con los regímenes democráticos liberales y el sistema capitalista. En efecto, una Revolución cuyo soporte intelectual era el marxismo, giró en torno a la idea social, a la sociedad sin clases y al logro de la utópica igualdad, en el plano teórico. Su interés primigenio residía en el internacionalismo que uniría al proletariado y en la esperanza de la expansión de la Revolución que conduciría a la liberación social en Europa y el mundo.

El siglo XX, matriz de la Revolución Rusa y del comunismo, también vería nacer en su seno otras ideologías reaccionarias: los fascismos, que surgieron con la doble aspiración tanto de destruir como de construir una sociedad ideal, definida por su oposición al individualismo burgués, al liberalismo y al comunismo. Estas ideologías se consolidaron en un contexto de crisis política, crisis de la democracia liberal en el período de entreguerras, producto -entre otras razones- de las dificultades para retornar a condiciones normales y restaurar la democracia. En efecto, esas dificultades se vinculaban con el legado dejado por la guerra a los Estados y a las instituciones parlamentarias, sumadas a las profundas transformaciones sufridas por las economías y las sociedades. Debido a que los regímenes instituidos parecían incapaces de afrontar esas circunstancias,

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

de proporcionar soluciones superadoras, las masas, actores decisivos de estas sociedades, se inclinarán hacia los nuevos modelos políticos: el comunismo leninista y el fascismo -en sentido genérico- que en contraposición al primero, proponía superar la lucha de clases, aspiraba a la fortaleza de sus Estados y hacía de la guerra el instrumento purificador para la consecución de sus objetivos homogeneizadores.

Comunismo y Fascismos contribuyeron a socavar la democracia liberal y aunque desde el discurso -y aún más en la metodología- compartían tópicos en los cuales centrar el combate, no obstante desde la praxis los resultados fueron diferentes. Pensemos, por ejemplo, en el proclamado carácter antiburgués o anticapitalista de los fascismos o en sus pretendidas aspiraciones revolucionarias¹. Por lo tanto, el análisis y comprensión de estas ideologías y su concreción en regímenes, implica situarlos en su verdadera dimensión histórica, en su contexto, a fin de aprehender sus dinámicas internas como así también las complejas y dialécticas relaciones entre ellos. De acuerdo con François Furet (1995, p.18) el siglo XX inaugura así los gobiernos y regímenes ideológicos, en el sentido que la ideología confiere a la acción política de los hombres un carácter providencial y se manifiesta en una nueva estética y cultura política que implican la sacralización de la misma.

¹ Como indica François Furet (1995). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México: FCE, al finalizar la Primera Guerra Mundial emerge una situación política novedosa que se define por el resurgir de la pasión revolucionaria. Esta idea de la revolución asoma con ímpetu no sólo en la izquierda, la cual puede reconocerla en su genética, sino también -y esto es lo original- en las derechas conducidas por líderes populares que exaltan lo particular sobre lo universal. (p. 31).

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

En función de lo planteado cabe interrogarnos acerca de ¿cómo explicar la Revolución Rusa, ruptura profunda que conmocionó a Europa y al mundo transformándose en una variable fundamental -mas no absoluta- en la radicalización de las derechas en la primera posguerra? ¿Significó de manera categórica el establecimiento del socialismo? ¿A qué modelos es plausible acudir para interpretar los acontecimientos de 1917 y sus consecuencias que se extendieron a lo largo del siglo? ¿Logró resolver el difícil problema surgido desde el nacimiento de las utopías entre libertad e igualdad?

La Revolución de Octubre fue una ruptura -en el sentido que le asigna Furet (1995, p. 43)- al mismo tiempo que una promesa de felicidad colectiva en la historia, en la que los hombres, en una actitud voluntarista, pueden desprenderse de su pasado para construir una sociedad nueva. Acontecimiento bisagra, conmocionó no sólo la política, la economía, la sociedad y la cultura sino que tuvo sus repercusiones en el campo de la historiografía. En efecto, las pasiones y los combates ideológicos buscaron dirimirse a través de la construcción del conocimiento histórico, dando lugar a diversos debates signados no sólo por la ideología sino también por la época y el espacio desde donde se escribía. Sin detenernos en profundidad en la cuestión, las interpretaciones sobre los sucesos de 1917 pueden englobarse en bloques que revelan sus matices intrínsecos, como así también posturas críticas y contrapuestas entre ellos. Desde la izquierda el debate se planteó en torno a la naturaleza de la Revolución Rusa y a las condiciones en las que se produjo y dio lugar a la posición de un grupo que consideraba a Octubre como la auténtica revolución proletaria, legítima y dictaminada por las leyes de la historia. Esta revolución que supo “aprovechar la oportunidad” fue realizada por el partido como vanguardia del proletariado. Con sus

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

variantes interpretativas -los llamados disidentes- sin discutir la legitimidad de la revolución hacían hincapié en el desvío que sufrió en los años '30, desvío que identifican con la traición stalinista, al virar hacia el “socialismo en un solo país” y la burocratización del partido².

Desde el campo liberal los análisis acerca de lo que ocurrió en Rusia en 1917 definían esos acontecimientos como la toma del poder por una minoría conspirativa que -en el contexto de la guerra- produjo un golpe de Estado ilegítimo e instauró una nueva autocracia bajo el partido único. Estos estudios que se realizaron desde la óptica político-ideológica se enlazaron en la segunda posguerra con la teoría política y la línea historiográfica que englobaba nazismo y stalinismo como totalitarismos. En la década del '60 bajo el predominio de la historia social la producción historiográfica manifestó un retorno a un enfoque marxista reformulado que cuestionó los planteos de la tradición liberal. Desde esta perspectiva revisionista se priorizó la interacción entre lo social y los procesos políticos en los estudios de la revolución que se evaluaba como legítima, proletaria y socialista.

A partir de 1991 con la caída del Muro y la disolución de la URSS estos procesos son susceptibles de ser abordados con una mayor postura crítica y con el sustento de nuevas y diversas fuentes. En este sentido, las transformaciones operadas en el campo de la historiografía de las cuales dan cuenta los estudios culturales, la nueva historia política y la perspectiva de la Historia del Tiempo Presente, constituyen

² No podemos soslayar las discusiones que se generan en Occidente, dentro de la izquierda, cuando se produjo la Revolución Rusa. Rosa Luxemburgo y Kautsky encabezaron las críticas al Octubre ruso, negándose a reconocerlo como la revolución socialista auténtica. Desde esta perspectiva, las condiciones en Rusia aún no se adaptaban a la teoría marxista de manera tal que se condenaba a la Revolución al fracaso.

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

propuestas teóricas y metodológicas enriquecedoras para el análisis del proceso soviético.³

La búsqueda de modelos para interpretar los acontecimientos de 1917, encontró su respuesta tanto en los actores de la revolución como en la historiografía jacobino-marxista en el modelo revolucionario francés. Desde esta perspectiva, la Revolución Francesa había destruido el Antiguo Régimen y aunque esgrimió aspiraciones universalistas tuvo su límite al no superar el umbral de “revolución burguesa”. Los bolcheviques a través de la revolución asumían este modo de acción histórica cuyo precedente fueron los jacobinos, y se instauró -incluso desde la historiografía- un juego de espejos hasta en la cronología. Así como 1793 borró a 1789, en idéntica línea se interpretaba Febrero y Octubre de 1917 en el proceso ruso. De este modo, la Revolución Rusa remitía al antecedente francés tornándose más habitual en el imaginario colectivo al establecer un nexo de comunicación entre la historia rusa y Occidente. “La Revolución Bolchevique sacada del molde de la Revolución Francesa se convierte -así- en generadora de progreso, de luces, de igualdad, de fraternidad inclusive de libertad.” (Malia, 1980, p.7).

Para Furet (1995, p.89) esa analogía ocultaba un rasgo del proceso ruso que no tenía equivalentes en la Revolución Francesa. Ese rasgo distintivo y esencial para el autor residía en la aparición de un partido que confiscó el poder en nombre de principios que subvertían los ideales originarios de la revolución. En esta línea, Martin Malia si bien considera necesario introducir a la Revolución Rusa en el marco europeo comparándola con las otras dos grandes revoluciones que ya

³ En esta línea se inscriben, entre otros, el trabajo de Figes Orlando y Kolonitskii, Boris (2001). *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*. Madrid: Biblioteca Nueva

Marcela JORRAT Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela

habían derribado el Antiguo Régimen: la inglesa y la francesa, no obstante se inclina por descubrir y destacar las especificidades del caso ruso. De este modo, focaliza cómo las circunstancias propiamente rusas hicieron que esta revolución que podría haber seguido el modelo clásico occidental, se desviara bruscamente y tomara una dirección desconocida en Europa y en la historia del mundo. “Es otro universo el que nace en 1917, que se agranda sin perder su fuerza de expansión.” (Malia, 1980, p.9). En esta línea interpretamos esencial destacar la originalidad de esta Revolución inédita en la Historia.

Octubre retomó la revolución como una modalidad de cambio, asociada desde hacía un siglo a principios democráticos. Se abrían así las puertas a un proceso complejo, en especial en la realidad de Rusia, proceso que pondrá en diálogo -con sus opacidades e interferencias- dos planos distintos: el de las utopías y mitos de la revolución y el de la praxis revolucionaria.

Entre la utopía y el proceso histórico

En la evolución de Rusia hacia la revolución, Richard Pipes (2016) considera que el movimiento revolucionario era intrínseco a la historia de Rusia desde la década de 1860, y destaca los disturbios en las universidades en 1899 como el punto de partida del movimiento hasta 1905. Malia (1980), por su parte, distingue fases y ubica la primera fase entre 1904 a 1917, período en el que se desarrolló un proceso revolucionario de tipo occidental: recordemos que los liberales eran la punta del movimiento e intentaban en la Duma derribar a la monarquía y establecer una Asamblea Constituyente. Hasta aquí la escena resultaba conocida: ambos autores coinciden en

Marcela JORRAT Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela

que los liberales, apoyándose en la masa urbana y apelando a una acción ilegal y violenta, aunque controlada, buscaban obligar a la monarquía a hacer concesiones. Al mismo tiempo, creían que la constitución y un parlamento eran la manera de impedir la revolución. Más a la izquierda grupos de revolucionarios intentaban organizar la masa urbana o campesina para una acción superadora de una revolución de tipo occidental clásico. Pero aún sus fuerzas no eran significativas.

Desde esta perspectiva, la evolución rusa hasta 1914 concluyó en el fracaso del proyecto liberal que, de manera conjunta al advenimiento de la Primera Guerra Mundial, contribuyó a desarticular los logros alcanzados. En este contexto, los sucesos de Febrero no eran improbables, como tampoco lo era el derrocamiento del zar para establecer un Gobierno Provisional hasta la Asamblea Constituyente, y colocar así a Rusia en la senda recorrida por Occidente. Para autores como Orlando Figes (2001) y Christopher Hill (1983), Febrero fue una expresión espontánea, producto del odio que ese régimen autocrático despertaba y se potenciaba en un contexto de hambre y guerra. La monarquía, que había abierto un abismo con sus súbditos a partir del Domingo Sangriento en 1905, no sería una opción de gobierno futuro. La restauración no era posible.

La instauración de un gobierno dual con carácter “Provisional” encabezado por el Comité de la Duma y el Soviet obstaculizó la acción gubernamental. En efecto, la burguesía liberal de la Duma perseguía como objetivo detener allí la revolución, mientras que el Soviet buscaba profundizarla. Los bolcheviques, al margen de esta instancia de poder, impulsarán el paso inmediato a una nueva fase revolucionaria. Octubre,

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

inauguraba lo inédito y superaba a Febrero en su carácter “burgués” y específicamente ruso. Producto de la decisión consciente de un partido, implicó la toma del poder que había quedado virtualmente vacante en la medida que el Gobierno Provisional no había dado respuestas a las principales aspiraciones de la sociedad: la paz y la reforma agraria.

Desde el punto de vista de Julio Godio (1996, p.43) los bolcheviques triunfaron porque constituyeron la única fuerza decidida a suprimir drásticamente el viejo orden autocrático-zarista en un contexto de indecisión del bloque moderado en el poder y de descomposición política del ejército. El programa con el que los bolcheviques concretaron la toma del poder que marcaba el tránsito de la revolución democrática a la socialista, puede sintetizarse en sencillas formulaciones pero de gran impacto político, social y hasta psicológico. Transferencia del poder a los soviets, paz inmediata, nacionalización de la tierra y posterior socialización de la misma, control obrero de la producción, estatización de las redes de comercialización y de la gran industria.

Aunque el escenario ruso parecía no ser el más adecuado para una “revolución proletaria”, sin embargo, el discurso de Lenin como la transición de una revolución a la otra generó confianza. En efecto, Octubre con sus postulados significó para la izquierda un reencuentro con su tradición, y le devolvió credibilidad a las ideas socialistas. Rusia irradiaba una luminosidad atrayente. Este resplandor seducía en la medida en que se producía en una Europa entre sombras y que se encaminaba a las tinieblas. La Primera Guerra no había sido imaginada como una guerra total cuya devastación no tendría límites. La ola de entusiasmo y la fiebre nacionalista de 1914 se desdibujaron rápidamente por las formas inéditas que tomó

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

el conflicto. Es necesario señalar que la magnitud de la guerra marcó así una cesura, un punto de inflexión para las sociedades y la cultura europea que transitaron rápidamente de la idealización de la guerra y el mito de la muerte heroica hacia “sentimientos de horror y pánico”.⁴

En ese contexto se insertaba la Revolución de Octubre, que no podía menos que generar asombro, temores y esperanzas ya que “en esas horas de triunfo el humor no se inclina sólo hacia el optimismo sino hacia la utopía.” (Carrère d’ Encausse, 1999, p.256). En esta dirección se orientaba en última instancia el máximo objetivo revolucionario: **crear el hombre nuevo socialista** como correlato del orden que se instauraba. No podemos dejar de señalar la importancia y gravitación de esta expresión: ello implicaba la emancipación del proletariado explotado, como un individuo autónomo que, reasumiendo su libertad y decisión democrática -luego de años de opresión- pudiera autogestionar el nuevo orden a construir.

La utopía de emancipar a los trabajadores no se circunscribió al escenario ruso, sino que por el contrario, Lenin amplió su pensamiento a una dimensión internacional. La revolución rusa era para él la “chispa” que debía encender el mundo (Carrère d’ Encausse, 1999, p.496). De este modo Octubre anunciaba la revolución universal y aspiraba a convertirse en acontecimiento modelo que reconocía su matriz en la Revolución Francesa, e inauguraba una nueva época en la historia.

⁴ Respecto del carácter inédito de la Primera Guerra Mundial, de su impacto en la psicología, mentalidades y cultura política nos remitimos a la postura de Traverso, Enzo. (2009). *A sangre y fuego. De la guerra civil europea 1914-1945*. Bs AS: Prometeo. El autor destaca los efectos de la guerra en la construcción social de un nuevo sentido de la muerte que toma forma de manera paralela con una percepción deshumanizada de la vida humana. Estas representaciones mentales y prácticas sociales que se forjaron en un escenario de violencia atroz contribuyeron – conjuntamente con otros factores- a allanar el camino de los futuros totalitarismos.

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

A diferencia de los fascismos que hacían hincapié en lo particular, la raza o la nación, el universalismo era el atractivo y uno de los fundamentos del marxismo-leninismo, un universalismo que permitía establecer líneas de contacto con las ideas democráticas e igualitarias. Para Lenin el éxito de la revolución estaba supeditado a su expansión, era imperioso que el acontecimiento producido en Rusia generara sus ecos en Europa, en especial en aquellos pueblos que habían resultado derrotados en la guerra imperialista. Alemania pareció encabezar el “proceso de réplicas”, intento que fue frustrado por la socialdemocracia en el poder con el apoyo de un ejército con resabios del Imperio. Recordemos que estas circunstancias produjeron una escisión en la izquierda alemana, fractura que será decisiva en los momentos terminales de la República, cuando hubo que enfrentar a la extrema derecha. Ni en Hungría, Béla Kun, ni en Italia la “ola roja” pudieron hacer triunfar la revolución emancipadora.

Es indudable que concretar la utopía originaria se hizo más difícil en un contexto que se complejizó con la intervención extranjera y la guerra civil en Rusia. De este modo, el combate entre revolución y contrarrevolución, se convertía en un rasgo definitorio de la Europa de posguerra. La Revolución Rusa continuará su derrotero como una experiencia singular en medio de la hegemonía del capitalismo, pero sin abandonar uno de sus ejes, su visión universalista que constituía su mayor imán de atracción. Ante el fracaso de las revoluciones europeas, el pragmatismo leninista se encaminó, a partir de 1920, al objetivo de salvar la revolución lo que implicaba, según Hélène Carrère d'Encausse (1999, p.496), la idea de “la revolución en un solo país”. Este giro político y táctico fue simultáneo al fracaso de las políticas del denominado

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

Comunismo de Guerra. Ya sea que dichas políticas fueran implementadas para responder a la guerra o tal vez como un intento de tránsito al socialismo⁵ lo cierto fue que produjeron resultados contradictorios. Después de la revuelta de Kronstad y de las sublevaciones campesinas que pusieron en peligro la revolución, había quedado claro que las aspiraciones sociales por disponer de la tierra y las reivindicaciones democráticas, no eran negociables. Desde esta perspectiva algunas posturas evaluaron el Comunismo de Guerra, no sólo como una respuesta a la guerra sino también como un instrumento de lucha contra los enemigos sociales internos. De este modo, las medidas adoptadas apuntaron a la centralización y al partido único, no tanto para enfrentar a los blancos, sino para frenar a los soviets y el desborde de las masas (Taibo, 1993, p43).

El nudo de la cuestión residía no sólo en que la revolución se encerrara en un solo país, perspectiva que se oponía al objetivo leninista, sino en el atraso de Rusia, donde el capitalismo estaba en su primera fase. En ese escenario era difícil seguir el esquema de Marx. El camino elegido fue el de la presión del poder político, en una acción voluntarista y realista. De allí que, en 1921 se estructuró el partido único y monolítico. (Duverger, 1992, p.85). De este modo, la supresión de los mencheviques y social-revolucionarios desvirtuaba la tesis de Lenin de pluralidad política en el interior de los Soviets, considerados hasta entonces como una forma de “democracia superior”.

⁵ De acuerdo con Nove, Alec (1973). *Historia económica de la Unión Soviética*. Madrid: Alianza, las medidas del Comunismo de Guerra fueron implementadas en un contexto de anarquía y destrucción de toda estructura administrativa. Al caos generado por la guerra civil, se sumaban las dificultades para llevar adelante las disposiciones y decretos adoptados y las pérdidas de territorios fundamentales para la agricultura y la industria rusa. Para el autor es necesario, entonces, analizar estos acontecimientos entre 1917-1921 teniendo en cuenta el proceso de interacción entre circunstancias e ideas. (p. 50-51).

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

Lenin se apoyaba en una fuerza inédita cuya teoría elaboró desde 1902 en *¿“Qué hacer”?*: el partido revolucionario. En esos momentos, lo esencial no era el número sino la organización, el partido era la vanguardia de la clase obrera, la capa consciente, y esto era posible cuando estaba organizada. En la concepción leninista, el Partido era el portador de la conciencia de clase, que para expresarse debía coincidir con aquél. Esta argumentación condujo a la supresión de la Asamblea Constituyente, esperanza democrática en 1917, ya que al resultar adversa a los bolcheviques, la Asamblea fue considerada como manifestación de una legalidad caduca, ajena a la legitimidad revolucionaria y por lo tanto a la conciencia de clase.

A partir de 1921 el Partido pasó a denominarse Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), quedando prohibida la formación de facciones y tendencias que se apoyaran en una plataforma particular. En unos años Lenin, cuya motivación original era la liberación del pueblo ruso para su igualdad, paradójicamente había construido un extraordinario instrumento que engendraría un nuevo tipo de sistema político: la dictadura de un partido-Estado. La centralización y unidad férrea del partido tuvo su correspondencia en un poder estatal reconstituido como contrapeso de las tendencias anarquizantes de la sociedad. Es así como el Partido se convirtió en el garante ideológico del nuevo Estado, debía legitimar el poder, y también la violencia. (Carrère d' Encausse, 1999, p.495).

Respecto del terror, ha sido objeto de diversos análisis, tanto desde la teoría de las “circunstancias” -al igual que su precedente jacobino- como así también desde el componente ideológico. Encabezado por la Cheka en la guerra civil, fue sin

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

dudas un instrumento para “salvar” la revolución pero que finalmente se puso al servicio de la construcción del nuevo sistema político y de la anulación total de la libertad. Como indica Traverso (2012) los bolcheviques no inventaron esta violencia ya que se insertaba en un contexto de “brutalización” de las relaciones sociales, de la cultura y las mentalidades en Europa de la Primera Guerra. Pero no obstante esto, abrieron el camino -seguido por Mussolini y Hitler- en la utilización de la violencia política para el encuadramiento de la sociedad.

En 1921 el proceso de construcción del sistema del partido-Estado se desarrolló de manera simultánea con una apertura de la economía, asumiendo rasgos de una economía mixta y con ciertas concesiones hacia el campesinado. La NEP, era el reflejo del pragmatismo leninista: había que conservar el poder y neutralizar toda tendencia desestabilizadora como las que habían asomado al final del Comunismo de Guerra. De acuerdo con Nove, (1973, p.125) Lenin en sus escritos dejó entrever posturas ambivalentes respecto de esta política económica, de modo que oscilaba entre una retirada forzada y una tregua ideada hasta retomar el impulso nuevamente. Había comprendido la importancia de contener al campesinado, de evitar su ruptura con el proletariado y así lo recomendaba en las reflexiones al final de su vida, el camino era la persuasión, la prudencia y el cooperativismo como base socio-política del socialismo. Su pensamiento comenzaba a replantearse la burocratización del régimen, la proyección de la Revolución Rusa en Europa y las relaciones del modelo socialista con el sistema capitalista mundial.

En suma, del análisis del proceso histórico y de un cierto *consenso* historiográfico, emerge la figura de Lenin como encarnación de la misión de conducir al pueblo hacia un futuro

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

nuevo, libre de la opresión del pasado, con el fin de construir la sociedad socialista. Pero, como vimos, en los sinuosos caminos hacia la utopía primaron el pragmatismo y cuestiones de poder.

Es así como el silencio de la “democracia proletaria” ensordecía en los soviets y en los comités de fábricas, transformándose en el poder absoluto de un partido que confiscaba los poderes del Estado con el cual se identificaba. De este modo los obreros rusos, que eran una minoría en un país de campesinos, aspiraban a realizar las promesas originarias pero sin haberse convertido primero en ciudadanos. Sometidos al partido único y a sindicatos cooptados por el poder estatal-partidario, la autogestión y la participación democrática se habían esfumado. En síntesis, había tomado forma una extraña manera de acceder al mundo de la libertad, de la igualdad y a la concreción de las utopías.

El primer Estado marxista del mundo se estableció mediante mecanismos contrarios al esquema previsto por la teoría marxista. El socialismo soviético no fue engendrado por la base económica constituida por la evolución de las fuerzas productivas y los modos de producción, sino por una base política: el extraordinario instrumento de gobierno construido por Lenin. De acuerdo con Serge Berstein (1996, p.85) desde los años '20 se observaba en Rusia un Estado que se esforzaba por modelarla según los principios de la ideología marxista y para conseguirlo, en nombre de la dictadura del proletariado, recurría a la represión y a la coerción política y económica. El instrumento de transformación residía en los dirigentes del partido bolchevique, en una minoría que gobernaba en nombre del proletariado. Para el autor, Rusia transitaba el camino que conduciría de una dictadura autoritaria arcaica a una dictadura totalitaria con aspiraciones a ser moderna.

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

Es indudable que el camino hacia las utopías se vio interrumpido por innumerables contradicciones. Lenin organizó las reglas y la lógica del régimen que pusieron en evidencia dichos contrasentidos y Stalin se encargó de profundizarlos de manera superlativa. Si bien ambas figuras han generado debates acerca de la existencia de una continuidad entre ellas o de un desvío que “traicionó” la revolución, lo cierto es que la condena recayó sobre Stalin. En este sentido las impugnaciones no sólo fueron teorizadas por sus oponentes político-ideológicos en especial en Occidente sino desde el interior del Partido y del sistema. En efecto el Informe Krushev leído en el XX Congreso del Partido en 1956 dio paso a la desestalinización, hecho sin precedente de parte de un Secretario del Partido no solo en la URSS sino en el comunismo a nivel internacional. Como indica, Lazitch Branko, (1976, p.12) la intencionalidad del Informe no fue moral sino política. Lo que quería era reforzar su posición en el Partido. Lo que no logró Lenin al denunciar a Stalin, lo logró Krushev.

Quizás allí residió la mayor contradicción del régimen, el haber olvidado el contenido moral, ético y humanista que la revolución anunciaba en función del poder y la perpetuación del sistema. No obstante esto, es indudable que el mito de la Revolución y su utopía, trascendieron el tiempo y el espacio, atravesaron el siglo y las fronteras, para continuar encendiendo las esperanzas de los pueblos coloniales, de los dominados por los regímenes autoritarios y de las masas trabajadoras en todo el mundo. Las utopías no murieron porque para los revolucionarios fueron el incentivo para la acción, el impulso dinámico hacia la libertad, hacia una sociedad más justa. Fueron la ideología y su intento de concreción coercitiva en el

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

contexto ruso, lo que desvirtuó ese ideal libertario para erigirlo en su contrario. El impulso utópico que toda revolución contiene y que genera el profundo dilema entre libertad e igualdad, se resolvió en Rusia a favor de uno de los peligros mayores de la historia, el totalitarismo. Y es este rasgo utópico el que aún hoy continúa interpelándonos como historiadores ante el problema irresuelto del frágil equilibrio entre libertad e igualdad.

Bibliografía

Berstein, S. (1996). *Los regímenes políticos del siglo XX. Para una historia política comparada del mundo contemporáneo*. Barcelona: Ariel.

Carrère d' Encausse, H. (1999). *Lenin*. Bs As: FCE.

Duverger, M. (1992). *La liebre liberal y la tortuga europea*. Barcelona: Ariel.

Figes, O. (2001). *La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. España: EDHASA.

Figes, O. Kolonitskii, B. (2001). *Interpretar la revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Fitzpatrick, S. (2005). *La Revolución Rusa*. Bs As: Siglo XXI.

Furet, F. (1995). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México: FCE.

Godio, J. (1996). *Rusia. La reconstrucción de una potencia*. Bs As: Corregidor.

Marcela JORRAT *Los dilemas del historiador ante el centenario que nos interpela*

Hill, C. (1983). *La Revolución Rusa*. Barcelona: Ariel.

Lazitch, B. (1976). *Le Rapport Khrouchtchev et son histoire*. París: Du Seuil.

Malia, M. (1980). *Comprendre la Révolution russe*. París: Du Seuil.

Nove, A. (1973). *Historia económica de la Unión Soviética*. Madrid: Alianza.

Pipes, R. (2016). *La Revolución Rusa*. Barcelona: Debate.

Service, R. (2000). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Taibo, C. (1993). *La Unión Soviética 1917-1991*. Madrid: Síntesis.

Traverso, E. (2001). *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: EUDEBA.

Traverso, E. (2009). *A sangre y fuego. De la guerra civil europea 1914-1945*. Buenos Aires: Prometeo.

Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires: FCE.